

DEL SINSENTIDO

Resumamos los caracteres de este elemento paradójico, *perpetuum mobile*, etc.: tiene como función recorrer las series heterogéneas, y, por una parte, coordinarlas, hacerlas resonar y converger y, por otra, ramificarlas, introducir disyunciones múltiples en cada una de ellas. Es a la vez palabra = x y cosa = x. Tiene dos caras, porque pertenece simultáneamente a las dos series, pero que no se equilibran, no se juntan ni se emparejan jamás, puesto que está siempre en desequilibrio respecto de sí mismo. Para dar cuenta de esta correlación y de esta disimetría, hemos utilizado parejas variables: es a la vez exceso y defecto, casilla vacía y objeto supernumerario, lugar sin ocupante y ocupante sin lugar, «significante flotante» y significante flotado, palabra esotérica y cosa exotérica, palabra blanca y objeto negro, por ello siempre se designa de dos modos: «*porque el Snark era un Bujum, imagínese*». No debe imaginarse que el Bujum es una especie particularmente terrible de Snark: la relación de género especie no conviene aquí, sino solamente las dos mitades disimétricas de una instancia última. Igualmente, Sexto Empírico nos enseña que los estoicos disponían de una palabra desprovista de sentido, *Blituri*, pero la empleaban emparejada con un correlato: *Skindapsos*.¹ *Porque Blituri era un Skindapsos, ya ve usted*. Palabra = x en una serie, pero a la vez cosa = x en la otra; quizá, como veremos, hay que añadir aún un tercer aspecto del Aión, el de la acción = x, en tanto que las series comunican y resuenan, y forman una «historia embrollada». El Snark es un nombre inaudito, pero es también un monstruo invisible y remite a una acción formidable, la caza a cuyo término el cazador se disipa y pierde su identidad. El Jabberwock es un nombre in-

1. Véase Sextus Empiricus, *Adversus Logicos*, VIII, 133. *Blituri* es una onomatopeya que expresa un sonido como el de la lira; *skindapsos* designa la máquina o el instrumento.

audito, una bestia fantástica, pero también el objeto de la acción formidable o de un gran crimen.

En principio, la palabra blanca es designada por palabras esotéricas cualquiera (esto, cosa, Snark, etc.); esta palabra blanca o estas palabras esotéricas de primera potencia tienen como función coordinar las dos series heterogéneas. A continuación las palabras esotéricas a su vez pueden ser designadas por palabras-valija, palabras de segunda potencia que tienen como función ramificar las series. Corresponden a estas dos potencias dos figuras diferentes. *Primera figura.* El elemento paradójico es a la vez palabra y cosa. Es decir: la palabra blanca que lo designa, o la palabra esotérica que designa a esta palabra blanca, tiene igualmente como propiedad expresar la cosa. Es una palabra que designa exactamente lo que expresa, y que expresa lo que designa. Expresa su designado, tanto como designa su propio sentido. De una sola y misma vez, dice algo y dice el sentido de lo que dice: dice su propio sentido. Por ello es completamente anormal. Sabemos que la ley normal de todos los nombres dotados de sentido es precisamente que su sentido sólo puede ser designado por otro nombre ($n_1 \rightarrow n_2 \rightarrow n_3 \dots$). El nombre que dice su propio sentido no puede ser sino *sinsentido* (N_n). El sinsentido y la palabra «sinsentido» no son más que uno, y la palabra «sinsentido» no es diferente de las palabras que no tienen sentido, es decir, las palabras convencionales de las que nos servimos para designarlo. *Segunda figura.* La palabra-valija misma es el principio de una alternativa de la cual constituye igualmente los dos términos (frumioso = fumante-furioso o furioso-fumante). Cada parte virtual de una palabra semejante designa el sentido de la otra, o expresa la otra parte que lo designa a su vez. Bajo esta forma la palabra en su conjunto dice aún su propio sentido, y es sinsentido a este respecto. La segunda ley normal de los nombres dotados de sentido es, en efecto, que su sentido no puede determinar una alternativa en la que entren ellos mismos. El sinsentido tiene pues dos figuras: una corresponde a la síntesis regresiva, la otra a la síntesis disyuntiva.

Objeción: todo esto no quiere decir nada. Sería un mal juego de palabras suponer que el sinsentido diga su propio sentido, ya que no lo tiene, por definición. Esta objeción no está fundada. Lo que es un juego de palabras es decir que el sinsentido tiene un sentido, que es no tenerlo. Pero ésta no es en absoluto nuestra hipótesis.

Cuando suponemos que el sinsentido dice su propio sentido, queremos indicar por el contrario que el sentido y el sinsentido tie-

nen una relación específica que no puede calcarse sobre la relación de lo verdadero y lo falso, es decir, que no puede concebirse simplemente como una relación de exclusión. Éste es precisamente el problema más general de la lógica del sentido: ¿Para qué serviría elevarse de la esfera de lo verdadero a la del sentido si fuera para encontrar entre el sentido y el sinsentido una relación análoga a la de lo verdadero y lo falso? Hemos visto ya hasta qué punto era vano elevarse de lo condicionado a la condición, para concebir la condición a imagen de lo condicionado, como simple forma de posibilidad. La condición no puede tener una relación del mismo tipo con su negativo que lo condicionado con el suyo. La lógica del sentido está necesariamente determinada a plantear entre el sentido y el sinsentido un tipo original de relación intrínseca, un modo de copresencia, que por el momento sólo podemos sugerir tratando el sinsentido como una palabra que dice su propio sentido.

El elemento paradójico es sinsentido bajo las dos figuras precedentes. Pero las leyes normales no se oponen exactamente a estas dos figuras. Por el contrario, estas figuras someten las palabras normales dotadas de sentido a estas leyes que no se aplican a ellas: todo nombre normal tiene un sentido que debe ser resignado por otro nombre, y que debe determinar disyunciones cumplidas por otros nombres. En tanto que estos nombres dotados de sentido están sometidos a estas leyes, reciben *determinaciones de significación*. La determinación de significación no es lo mismo que la ley, pero se deriva de ella: remite los nombres, es decir, las palabras y las proposiciones, a conceptos, propiedades o clase. Así, cuando la ley regresiva dice que el sentido de un nombre debe ser designado por otro nombre, estos nombres de grados diferentes remiten desde el punto de vista de la significación a clases o propiedades de «tipos» diferentes: cualquier propiedad debe ser de un tipo superior a las propiedades o individuos a las que se aplica, y cualquier clase de un tipo superior a los objetos que contiene; según eso, un conjunto no puede contenerse como elemento, ni contener elementos de diferentes tipos. Igualmente, conforme a la ley disyuntiva, una determinación de significación enuncia que la propiedad o el término respecto de los que se hace una clasificación no puede pertenecer a ninguno de los grupos del mismo tipo clasificados con relación a él: un elemento no puede formar parte de los subconjuntos que determina, ni del conjunto del que presupone la existencia. Así pues, corresponden a las figuras del sinsentido dos

formas del absurdo, definidas como «desprovistas de significación» y constituyendo *paradojas*: el conjunto que se comprende como elemento, el elemento que divide el conjunto que supone; el conjunto de todos los conjuntos y el barbero del regimiento. El absurdo es pues tanto confusión de niveles formales en la síntesis regresiva, como círculo vicioso en la síntesis disyuntiva.² El interés de las determinaciones de significación es engendrar los principios de no contradicción y de tercio excluso, en lugar de dárselos ya hechos; las propias paradojas operan la génesis de la contradicción o de la inclusión en las proposiciones desprovistas de significación. Tal vez deban abordarse desde este punto de vista algunas concepciones estoicas sobre los enlaces de las proposiciones. Porque cuando los estoicos se interesan tanto por la proposición hipotética del género «si es de día, hay claridad», o «si esta mujer tiene leche, ha dado a luz», los comentadores tienen razón sin duda al recordar que no se trata de una relación de consecuencia física o de causalidad en el sentido moderno de la palabra, pero tal vez se equivoquen al ver ahí una simple consecuencia lógica según una relación de identidad. Los estoicos numeraban los miembros de la proposición hipotética: podemos considerar «ser de día» o «haber dado a luz» que significan propiedades de un tipo superior a aquello sobre lo que se aplican («haber claridad», «tener leche»). El enlace de las proposiciones no se reduce ni a una identidad analítica ni a una síntesis empírica sino que pertenece al dominio de la significación; de modo que la contradicción se engendra, no en la relación de un término con su opuesto, sino en la relación de lo opuesto de un término con *el otro* término. Según la transformación de lo hipotético en conjuntivo, «si es de día, hay claridad» implica que no es posible que sea de día y que no haya claridad: quizá porque «ser de día» debería ser entonces elemento de un conjunto supuesto por él, y pertenecer a uno de los grupos clasificados con relación a él.

El sinsentido opera una *donación de sentido*, tanto como una determinación de significación. Pero no lo hace en absoluto de la mis-

2. Esta distinción corresponde a las dos formas de sinsentido según Russell. Sobre las dos formas, véase Franz Crahay, *Le Formalisme logico-mathématique et le problème du non-sens*, ed. les Belles Lettres, 1957. La distinción russelliana nos parece preferible a la distinción demasiado general que Husserl hace entre «sinsentido» y «contra-sentido» en las *Recherches logiques*, y en la que se inspira Koyré en *Epiménide le menteur* (Hermann, págs. 9 y sigs.).

ma manera. Porque, desde el punto de vista del sentido, la ley regresiva no remite ya los nombres de grados diferentes a clases o a propiedades, sino que los reparte en series heterogéneas de acontecimientos. Y sin duda estas series están determinadas, una como significante y la otra como significada, pero la distribución del sentido en una y otra es completamente independiente de la relación precisa de significación. Por ello hemos visto que un término desprovisto de significación, no por ello dejaba de tener un sentido, y que el sentido mismo o el acontecimiento eran independientes de todas las modalidades que pudieran afectar a las clases y las propiedades, neutras en relación con todos estos caracteres. El acontecimiento difiere por naturaleza de las propiedades y las clases. Lo que tiene un sentido tiene también una significación, pero por razones completamente distintas de aquellas por las que tiene un sentido. El sentido no es, pues, separable de un nuevo género de paradojas, que señalan la presencia del sinsentido en el sentido, como las paradojas precedentes señalaban la presencia del sinsentido en la significación. Se trata ahora de las paradojas de la subdivisión al infinito por una parte, y por otra de la distribución de singularidades. En las series, cada término no tiene sentido sino por su posición relativa a todos los otros términos; pero esta posición relativa depende a su vez de la posición absoluta de cada término en función de la instancia = x determinada como sinsentido, y que circula sin cesar a través de las series. El sentido resulta efectivamente *producido* por esta circulación, como sentido que remite al significante, pero también sentido que remite a lo significado. En una palabra, el sentido es siempre un *efecto*. No solamente un efecto en el sentido causal, sino un efecto en el sentido de «efecto óptico», «efecto sonoro» o, mejor aún, efecto de superficie, efecto de posición, efecto de lenguaje. Un efecto semejante no es en absoluto una apariencia o una ilusión; es un producto que se extiende o se alarga en la superficie, y que es estrictamente copresente, coextensivo a su propia causa, y que determina esta causa como causa inmanente, inseparable de sus efectos, puro *nihil* o x fuera de los efectos mismos. Efectos semejantes, un producto semejante, se designan habitualmente mediante un nombre propio o singular. Un nombre propio no puede ser considerado plenamente como un signo sino en la medida en que remite a un efecto de este género: así, la física habla de «el efecto Kelvin», «efecto Seebeck», «efecto Zeemann», etcétera, o la medicina designa las enfermedades por el nom-

bre de los médicos que supieron elaborar el cuadro de los síntomas. En esta dirección, el descubrimiento del sentido como efecto incorporal, producido siempre por la circulación del elemento = x en las series de términos que recorre, debe llamarse «efecto Crisipo» o «efecto Carroll».

Los autores que la costumbre reciente ha dado en llamar estructuralistas quizá no tengan sino un punto en común, aunque este punto es el esencial: el sentido, no como apariencia, sino como efecto de superficie y de posición, producido por la circulación de la casilla vacía en las series de la estructura (lugar del muerto, lugar del rey, mancha ciega, significante flotante, valor cero, bastidor o causa ausente, etc.). El estructuralismo, consciente o no, celebra unos reencontros con una inspiración estoica y carrolliana. La estructura es verdaderamente una máquina de producir el sentido incorporal (*skindapsos*). Y cuando el estructuralismo muestra de este modo que el sentido es producido por el sinsentido y su perpetuo desplazamiento, y que nace de la posición respectiva de elementos que en sí mismos no son «significantes», no hay que ver en ello en cambio ningún parecido, con lo que se llamó filosofía del absurdo: Lewis Carroll sí; Camus, no. Porque, para la filosofía del absurdo, el sinsentido es lo que se opone al sentido en una relación simple con él; hasta el punto de que el absurdo se define siempre por un defecto del sentido, una carencia (no hay bastante...). Por el contrario, desde el punto de vista de la estructura, siempre hay demasiados sentidos: exceso producido y reproducido por el sinsentido como defecto de sí mismo. Así como Jakobson define un fonema cero que no posee ningún valor fonético determinado, sino que se opone a *la ausencia de fonema* y no al fonema, así también el sinsentido carece de todo sentido particular, pero se opone a la ausencia de sentido, y no al sentido que produce en exceso, sin mantener nunca con su producto la simple relación de exclusión a la que se intenta reducirlo.³ El sinsentido es lo que no tiene sentido, y a la vez lo que, como tal, se opone a la ausencia de sentido efectuando la donación de sentido. Esto es lo que hay que entender por *non-sense*.

Finalmente, la importancia del estructuralismo en filosofía, y para todo el pensamiento, se mide en esto: que desplaza las fronte-

3. Véanse las indicaciones de Lévi-Strauss sobre el «fonema cero» de «Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss» (Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, pág. 50).

ras. Cuando la noción de sentido tomó el relevo de las desfallecidas Esencias, la frontera filosófica pareció instalarse entre los que ligaban el sentido con una nueva transcendencia, nuevo avatar de Dios, cielo transformado, y los que encontraban el sentido en el hombre y su abismo, profundidad nuevamente abierta, subterránea. Nuevos teólogos de un cielo brumoso (el cielo de Koenigsberg), y nuevos humanistas de las cavernas, ocuparon la escena en nombre del Dios-hombre o del Hombre-dios como secreto del sentido. A veces era difícil distinguir entre ellos. Pero lo que hace hoy imposible la distinción es, en primer lugar, el cansancio que tenemos de este interminable discurso que sigue preguntándose si es el asno quien carga con el hombre o si es el hombre el que carga al asno y a sí mismo. Además, tenemos la impresión de que hay un contrasentido puro operado sobre el sentido; porque, de cualquier forma, cielo o subterráneo, el sentido se presenta como Principio, Depósito, Reserva, Origen. Principio celeste, se dice de él que está fundamentalmente velado y olvidado; principio subterráneo, que está profundamente tachado, desplazado, alienado. Pero, tanto bajo la tachadura como bajo el velo, se nos invita a reencontrar y restaurar el sentido, sea en un Dios al que no se habría comprendido lo suficiente, sea en un hombre al que no se habría sondeado suficientemente. Es pues agradable que resuene hoy la buena nueva: el sentido no es nunca principio ni origen, es producto. No está por descubrir, ni restaurar ni reemplazar; está por producir con nuevas maquinarias. No pertenece a ninguna altura, ni está en ninguna profundidad, sino que es efecto de superficie, inseparable de la superficie como de su propia dimensión. No es que el sentido carezca de profundidad o de altura; son más bien la altura y la profundidad las que carecen de superficie, las que carecen de sentido, o que lo tienen sólo gracias a un «efecto» que supone el sentido. Ya no nos preguntamos si el «sentido originario» de la religión está en un Dios al que los hombres han traicionado o en un hombre que se ha alienado en la imagen de Dios; por ejemplo, no buscamos en Nietzsche al profeta de la subversión ni de la superación. Si hay un autor para quien la muerte de Dios, la caída desde lo alto del ideal ascético no tiene ninguna importancia en tanto que queda compensada por las falsas profundidades de lo humano, mala conciencia y resentimiento, ése es sin duda Nietzsche: él lleva a cabo sus descubrimientos en otro lugar, en el aforismo y el poema, que no hacen hablar ni a Dios ni al hombre, máquinas para pro-

ducir el sentido, para medir la superficie instaurando el juego ideal efectivo. No buscamos en Freud al explorador de la profundidad humana y del sentido originario, sino al prodigioso descubridor de la maquinaria del inconsciente, por la que el sentido es producido, siempre producido en función del sinsentido.⁴ Y ¿cómo no sentir que nuestra libertad y nuestra efectividad encuentran su lugar, no en lo universal divino ni en la personalidad humana, sino en estas singularidades que son más nuestras que nosotros mismos, más divinas que los dioses, que animan en lo concreto el poema y el aforismo, la revolución permanente y la acción parcial? ¿Qué hay de burocrático en estas máquinas fantásticas que son los pueblos y los poemas? Basta con que nos disipemos un poco, con que sepamos permanecer en la superficie, con que tensemos nuestra piel como un tambor, para que comience la gran política. Una casilla vacía que no es ni para el hombre ni para Dios; singularidades que no pertenecen ni a lo general ni a lo individual, ni personales ni universales; todo ello atravesando por circulaciones, ecos, acontecimientos que producen más sentido y libertad, efectividades que el hombre nunca había soñado, ni Dios concebido. Hacer circular la casilla vacía, y hacer hablar a las singularidades pre-individuales y no personales, en una palabra, producir el sentido, ésta es la tarea de hoy.

4. En unas páginas que concuerdan con las tesis principales de Louis Althusser, J.-P. Osier propone la distinción siguiente: entre aquellos para quienes el sentido se encuentra en un origen más o menos perdido (ya sea un origen divino o humano, ontológico o antropológico), y aquellos para quienes el origen es un sinsentido, y el sentido siempre producido como un efecto de superficie, epistemológico. Aplicando a Freud y a Marx este criterio, J.-P. Osier considera que el problema de la interpretación no consiste, de ninguna manera, en pasar de lo «derivado» a lo «originario», sino en comprender los mecanismos de producción del sentido en dos series: el sentido es siempre «efecto». Véase el prefacio a *L'Essence du christianisme de Feuerbach*, ed. Maspéro, 1968, particularmente las págs. 15-19.